

CAPITULO XXXV.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Relaciones entre los dones y las bienaventuranzas.—Estas son los dones en accion.—Cada bienaventuranza se traduce en un don.—Inportancia de este estudio para estimar la riqueza y apreciar la necesidad de las bienaventuranzas y los dones.—El don de temor en accion; primera bienaventuranza: ejemplo.—El don de piedad en accion; segunda bienaventuranza: ejemplo.—El don de ciencia en accion; tercera bienaventuranza: ejemplo.—El don de fortaleza en accion; cuarta bienaventuranza: ejemplo.

8º ¿Cuáles son las relaciones de las bienaventuranzas con los dones del Espíritu Santo? Ya lo hemos indicado: son las mismas que existen entre el efecto y la causa, entre el fruto y el árbol que lo produce. Las bienaventuranzas son los dones del Espíritu Santo en accion. Pero lo que llevamos dicho no nos parece bastante para que se comprendan la belleza, el encadenamiento y la necesidad de estos elementos santificantes, y por consiguiente que *beatifican* al hombre y la creacion. Hoy en especial, las verdades católicas no se conocen bien, ni se aman, ni se admiran, sino cuando toman cuerpo, digámoslo así, palpable á nuestras manos y visible á nuestros ojos. Así es como nada hay que haga apreciar mejor la caridad católica en el mundo entero, que la hija de San Vicente de Paul. Lo mismo puede decirse de los donos del Espíritu Santo y de las bienaventuranzas; por esto vamos á presentar unos y otras viviendo y obrando en los cristianos en quienes se personifican.

A fin de poner de manifiesto que el Espíritu del Cenácu-

lo continúa en la Iglesia, escogeremos nuestros ejemplos en los anales contemporáneos del catolicismo, haciendo una excepcion en favor de San Francisco de Asís, cuya vida debiera ser el manual de nuestra época. El primer don del Espíritu Santo se traduce por la primera bienaventuranza, y da lugar á actos admirables de humildad, de arrepentimiento y de horror al pecado.

“En un dia crudo de invierno y de mucho frío, se dirigia San Francisco de Asís, de Perusa á Santa María de los Angeles. Conforme iban andando, dijo á Fray Leon, su compañero de viage: Hermano Leon, ovejita de Dios, si los frailes menores hablasen la lengua de los ángeles, y conocieran el curso de los astros y la virtud de las plantas y los secretos de la tierra, y la naturaleza de las aves, de los peces, de los hombres y de todos los animales, de los árboles, las piedras y el agua, tenga por muy cierto que no por eso disfrutarían de la perfecta alegría.

“Y un poco mas adelante: Oh hermano Leon, aunque los frailes menores convirtieran en su predicacion á todos los pueblos infieles, fijese bien en ello, no por esto tendrían motivo para estar completamente alegres. Y continuó hablando así por espacio de algunas millas.

“Al fin, lleno de asombro Fr. Leon, preguntó al santo: Pido por Dios á vuestra Paternidad, que me diga en qué consiste la perfecta alegría. San Francisco respondió: Cuando lleguemos á Santa María de los Angeles, bien mojados y cubiertos de lodo, transidos de frío y muertos de hambre, si llamando nosotros á la puerta, el portero nos dice: ¿Quién es? nosotros responderemos: Somos dos hermanos vuestros. Si él entonces replicara: Mentira; sois dos vagos que andais por el mundo quitando las limosnas á los verdaderos pobres; ¡fuera de aquí! y no quisiera abrimos y hos dejara fuera to-

da la noche á la intemperie, expuestos á la nieve y al frío y muriéndonos de hambre; si nosotros sufrimos este tratamiento con paciencia, sin turbarnos ni murmurar; y si además pensamos humildemente y con caridad, que el portero nos conoce bien por lo que somos, y que por permission de Dios habla así contra nosotros, créame, hermano, en esto consiste el verdadero contentamiento.

“Y si continuamos llamando, y encolerizado el portero nos echara como holgazanes importunos y nos colmara de injurias y nos diera de bofetadas; y nos dijera: Marchaos de aquí, miserables, ladronzuelos; id al hospital, no hay aquí para vosotros nada que comer; si nosotros soportásemos este mal tratamiento con gozo y con amor, oh hermano Leon, no tenga duda, en esto consiste la alegría perfecta.

“Si, finalmente, en aquel apuro el hambre, la sed y el rigor de la noche nos precisaran á instar con lágrimas y lamentos para que nos dejaran entrar en el convento, é irritado entonces, el portero saliera con un palo, y nos agarrara de la capucha, y nos tirara á la nieve, y nos magullara á palos hasta dejarnos cubiertos de heridas; si nosotros sufriésemos todas estas cosas con alegría, pensando que debemos participar de las humillaciones de Nuestro Señor Jesucristo bendito. . . . hermano Leon, créalo firmemente, en esto se encuentra realmente la alegría verdadera. Y ahora, hermano, escuche la conclusion. Entre todos los dones del Espíritu Santo, el más considerable es el de vencerse á sí mismo y sufrir con gusto por amor de Jesucristo las penas, las injurias y los oprobios (1).”

Ante el espectáculo de tan admirable humildad, no resta sino levantar los ojos al cielo y repetir las palabras de la eterna Sabiduría: “Gracias te doy, oh Padre mio, que ocul-

1. *Fioretti*, cap. viii.

taste estas cosas á los sábios y á los prudentes, y las reve laste á los pequeñuelos.”

Veamos ahora el don de temor con relacion al pecado. No hay una madre que sienta tanto dolor por la muerte de su hijo, como él alma inspirada por el don de temor siente sus faltas más pequeñas. El P. Alfonso Rodriguez estaba lleno de este don divino. Cada vez que pasaba por cierta parte de su casa, se ponía de rodillas, pedia perdon á Dios llorando, se inculpaba á sí mismo y se mesaba los cabellos, y esto por espacio de muchos años. ¿Habia, tal vez, cometido en aquel sitio algun pecado enorme? No por cierto: se habia permitido cierta ligereza en el mirar, con la cual creia haber ofendido á Dios (1).

El mismo Espiritu de temor, que inspira el arrepentimiento del pecado cometido, hace tambien que se le tenga horror antes de cometerlo. En 1841, un mandarin hizo prender á varios cristianos y los compelia á apostatar; pero la firmeza con que le respondian le persuadió de que no podria lograr su intento. Encadenarlos á todos era hacer más ruido y más víctimas de lo que él queria. No sabiendo en su despecho qué partido tomar, se limitó á describir con su baston un círculo al rededor de una jóven que tenia de rodillas delante de sí; pues es costumbre de los Chinos estar de hinojos ante el juez que los interroga. “Si sales de este círculo, le dijo, es prueba de que has apostatado.” Y se retiró.

Todos se fueron marchando del pretorio, excepto la jóven, á quien el temor de abjurar de su fe retenia de rodillas é inmóvil en el estrecho espacio donde la vara del mandarin acababa de encerrarla. El secretario de este magistrado, curioso de saber qué partido habria tomado la inocente cautiva, volvió sobre sus pasos, y encontrándola en el mismo si-

1. *Pergmayer, Médit. sur les sept. dons, &c.*

tio y actitud, la invitó á levantarse y salir.—“No, dijo ella, antes me moriré de hambre, que dar un paso.—Mira que el mandarin no lo ha dicho en sério—No importa, yo he oido sus palabras y no conozco sus intenciones. Insistió largo rato el secretario, y no pudo obtener esta respuesta. Entonces, él mismo borró la raya que su amo habia trazado, y sacó de allí á la valerosa doncella (1).”

Citemos un postrer rasgo que nos hará ver al Espíritu de temor de Dios y al Espíritu contrario disputándose una alma en una lucha terrible. Durante el año de 1840, Trinh-Quang-Kanh, gobernador del Tong-Kin, hizo prender á un catequista llamado Toan, de setenta y cuatro años de edad. Sometido á los más atroces suplicios, el desventurado viejo tuvo la debilidad de apostatar. Algunos dias despues, el gobernador lo hizo volver al pretorio con otros renegados, y les dijo á todos: “Supuesto que habeis dado oidos á la razon, el rey os perdona y yo tambien.—Déntele otros las gracias, respondió el anciano arrepentido, que yo deploro mi culpa y me quedo preso para expiarla.”

Montado en cólera el tirano al oír estas palabras, vomitó mil injurias y descargó un fuerte bastonazo sobre el anciano. Como, en medio de esto, no parecia quebrantada la fortaleza del mártir, mandó á los soldados que lo encerraran en una horrible cloaca y lo obligaran, sin reparar en los medios, á desdecirse de su retractacion. Dos dias despues, lo volvió á llamar á su tribunal. “¿Estás ahora, le dijo, dispuesto á pisar la cruz?—No, mandarin, demasiado es ya haber ultrajado una vez á mi Redentor.—Escucha: tú menosprecias mis órdenes; tal vez atenderás mejor los consejos de los que han participado de tus errores, y así te abandono á

1. *Annales., de la Propag. de la Foi*, n. 83, p. 304.—Véase tambien el rasgo de San Basilio, *Godescard*, 14 de Junio.

su celo. Si te reducen á mejores sentimientos, los perdonaré á ellos y á tí tambien; cuando no, subireis todos al caldoso.”

Los renegados no tardaron en asociarse con excesivo ardor á las miras del tirano, ingeniándose por acabar con la paciencia de su víctima. Los unos le colmaban de maldiciones; los otros le escupian en la cara. A todos los hacia elocuentes la propia cobardía y con gran calor le persuadian á obedecer al mandarin, ya que no por conservar su vida, á lo menos para librar del suplicio á tantos padres de familia como eran ellos, cuya suerte él con su obstinacion comprometia. A tan terrible prueba estuvo expuesto el anciano por espacio de cuatro dias. Llegado el quinto, cuando ya le habian medio vencido, el gobernador lo hizo presentar á su tribunal y le dió tormento tan violento, que el infeliz sucumbió por segunda vez.

Su recaída fué acogida con grandes risotadas del mandarin y los circunstantes. “Anda á descansar, le dijo, para que recobres tus fuerzas y vuelvas á disfrutar de tu libertad.” Entonces los soldados le daban la enherabuena; pero los remordimientos de la conciencia lo hacian sordo á todos los elogios y parabienes. Pasó aquella noche entre lágrimas y sollozos con síntomas de la desesperacion. Felizmente se encontraba en la misma cárcel un sacerdote, que despues alcanzó la palma del martirio. El pobre anciano todo cubierto de heridas, se arrojó á sus piés y con gemidos inconsolables le confesó su última caída, levantándose doblemente fortalecido por la palabra del presbítero y la virtud sobrenatural del sacramento.

Al siguiente dia, el gobernador lo hizo comparecer para asegurarse de la sinceridad de la apostasia mediante nuevas profanaciones.—“Ni los tormentos ni la muerte me harán

abjurar otra vez la fe, dijo al perseguidor. Confío de haber recobrado por el arrepentimiento la gracia de mi Dios; tiempo es ya de que le sea fiel."

Y así fué, que lo atormentaron sañudamente y sin limitación alguna. Derribado en tierra, lo molieron á palos: atado de piés y manos, lo arrastraron al tribunal aporreándolo sin cesar; le echaron una canga con hierros; lo metieron en un calabozo, lo sacaron despues para exponerlo á los rigores de un sol abrasador; luego lo desnudaron y lo ataron á una columna con un crucifijo á cada pié. Haciéndole extender los brazos en forma de cruz, se los sujetaron á los dos extremos de la canga atravesada sobre las espaldas, y así lo dejaron cinco dias y cinco noches en tan horrible posicion. Mientras duró este suplicio, los soldados le insultaban, escupíanle en la cara y le daban de bofetadas y le arrancaban las barbas. En fin, volvieron á la prision al infeliz anciano, medio muerto y como paralítico de todos sus miembros. El mandarin ordenó que lo hicieran morir de hambre.

La agonía duró algunos dias. Cuando entraba á verle alguna persona, aprovechaba la ocasion para humillarse declarando sus pecados: "Me extravié, decia, tuve la debilidad de imitar la apostasia de los principales de mi pueblo; mas al presente me he vuelto sinceramente á Dios y quiero morir por su amor. Os conjuro á que pidais á Cristo por mí." Sintiendo que se acercaba su fin, legó sus ropas á un sargento que le habia dado algunos pedazos de pan; le prometió, conforme este soldado se lo pedia, que se acordaria de él en el paraíso; cayó desfallecido, aplicó á la boca los dedos como para chupárselos segun era mucha la sed que padecia, y algunos instantes despues espiró, victorioso felizmente en su último combate (1).

1. *Annales de la Propag. &*, n. 85, p. 429.

Tales son los efectos del don de temor de Dios y los vestigios que los santos nos han dejado de su viaje á la patria celestial: *Hæc sunt vestigia quæ saccii vobis reliquerunt in patriam revertentes.*

Detrás del don de temor de Dios viene el de piedad; el cual, como principio que es de amor filial, se traduce en la segunda bienaventuranza cuyos actos respiran ternura y respeto á Dios y á todo lo que le está consagrado; así como al prójimo y á todo lo que le pertenece en el órden espiritual ó temporal. Veámosle, pues, manifestarse en los neófitos de ultramar.

"Todo el tiempo que pasamos en Walis, escribe un misionero, fué una fiesta continúa para nosotros y para los naturales. Mes y medio permanecemos allí. ¡Cuánto se edifica uno y se confunde, al ver la piedad de estos buenos isleños! A cualquier ora del dia ó de la noche hay seguridad de encontrar adoradores ante el Santísimo Sacramento. Todas las mañanas hay oracion en comun y gran concurso á la Misa, durante la cual no cesa el canto de los himnos. Al hacerse de noche, ó como dicen ellos, *cuando la cigarra ha cantado*, se acude otra vez al pié de los altares para la oracion de la tarde; la cual concluida, se retiran los fieles á sus casas.

"Pero apenas se ha reunido la familia, comienza en todas las casas, sin excepcion, el rezo del rosario seguido del canto de los himnos y de la repeticion del catecismo. No se oye en aquella ora en toda la isla mas que un concierto de alabanzas divinas, durante el cual es imposible, no sentirse conmovido y enternecerse hasta derramar lágrimas (1)."

Algunos años antes, el viagero que perdido en los mares bubiese aportado á esta isla, no habria oido á la hora

1. *Annales de la Propag. &*, n. 120, p. 346, an. 1848.

mencionada, sino el vociferar de los antropófagos al volver de sus horribles festines.

El amor filial de los nuevos cristianos á Jesucristo sacramentado, se manifiesta espléndidamente cuando su Divina Majestad sale á la calle. “¿Cómo os habríais edificado, escribe el misionero de Futuna, cuando en esta naciente cristiandad se llevó por vez primera el sagrado Viático á un enfermo! Mientras el sacerdote marchaba á la sombra de plátanos, cocos y árboles del pan, los piadosos neófitos dejaban sus casas y venían con profundo respeto y recogimiento ejemplar á colocarse arrodillados al paso del Santísimo Sacramento (1).

Igual piedad manifiestan hácia todo lo que pertenece á la religion.

“La afluencia al tribunal de la penitencia es tal, que desde el niño que comienza á balbucear hasta el anciano encorvado hácia el sepulcro, todos tienen anhelo de confesarse. Tiene tan gran respeto al tribunal de la penitencia, que un dia vino llorando un padre de familia, á preguntarme si habria pecado gravemente una hija suya que habia tenido la curiosidad de abrir un confesonario que habia en el valle (2).

El cristiano que ama á Dios, ama la casa de Dios, como un hijo ama la casa de su padre. A este amor filial debió la antigua Europa esos edificios magníficos que la cubrían como con un manto de gloria. Este mismo amor hace prodigios entre los pueblos nuevamente convertidos. “El trabajo principal, escribe el apóstol de Mangareva, el que pone en movimiento á toda la poblacion, es la construccion de una Iglesia. Como esta isla no tiene piedra, la mayor parte de las cabezas de familia se ocupan, hace ya bastante

1. *Annales de la Propag.*, §., n. 96, p. 369, an. 1844.

2. *Id.*, *Id.*

tiempo, en explotar los islotes de roca que distan unas cinco leguas de mar.

“Una vez traídas las piedras á la orilla, las van volcando á brazos hasta ponerlas al pié de la obra. Los jóvenes se disputan las espuestas para arrimar los materiales, y se ha dispuesto que se revelen por tandas semanalmente. Unos van á pescar coral para hacer cal; otros traen la arena necesaria que dista media legua. Las mismas mujeres interrumpen sus tareas habituales para buscar en el monte la caña para que arda la calera. Además, los filamentos del coco hacen, con ayuda de sus hijos pequeños, las cuerdas que los operarios necesitan.

“El rey ha hecho un llamamiento á la generosidad de su pueblo. Hacian falta muchas vigas y demás madera de carpintería, y estas islas apenas producen más que el árbol del pan, vegetal precioso que proporciona el alimento á la poblacion. Sin embargo, no hubo nadie que no se prestara á darlo en mayor cantidad que se queria recibir.

“Si á este le decíamos: No, que tú tienes pocos, y á aquel otro: Tu árbol es demasiado hermoso; es lástima cortarlo, no lo consentiremos.—¿Qué importa, respondian, cortémoslo, que es para Dios? ¿No es el Señor quien nos los ha dado? ¿No nos dará otros? Hemos tenido necesidad de mucho cuidado para que la generosidad de estos buenos y amables cristianos no les trajera perjuicio. No podreis formaros una idea del ardor con que prosiguen su empresas. El rey y los principales mantienen á sus expensas á todos nuestros trabajadores. Los pescadores se han comprometido á proveer gratuitamente de pescado á los operarios por todo el tiempo que estén ocupados en el que llaman *trabajo del Señor* (1).”

1. *Annales de la Propag.*, §., n. 82, p. 216, an. 1842.

“El que es de Dios, decía el Salvador del mundo, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios (1).” Amar la palabra de Dios, escrita ó hablada, es pues, un nuevo efecto del don de piedad. Para que nos sirva de estímulo y de confusión, admirémoslo en los nuevos cristianos. “Lo que entre los habitantes de Walis, continúan los *Anales*, nos anima al cumplimiento de nuestro deber, es lo muy ávidos que son de la palabra de Dios. Además de las instrucciones de los misioneros, hay en cada pueblo y en cada caserío catéquesis de hombres, de mujeres y de niños. Los más adelantados enseñan á los menos instruidos; todos confiesan y comulgan mensualmente poco más ó menos. En todas partes se reza al anochecer el rosario, seguido de un canto á la Santísima Virgen (2).”

Igual fervor se observa entre los hielos de la América Septentrional. Nuestros salvajes no podían mostrar mayor avidez de la palabra de Dios. Especialmente los catecúmenos se distinguían por su celo en instruirse para apresurar el feliz momento en que por el Bautismo serían admitidos en el número de los fieles. Más de seis horas al día los teníamos en la iglesia, y la mayor parte de este tiempo se destinaba al catecismo y á las instrucciones familiares á que asistía toda la gente. Léjos de cansarse de estos ejercicios, apenas habían salido de la capilla, se reunían otra vez en diferentes grupos y procuraban fijar más y más las ideas que les habíamos expuesto, y esto por espacio de dos ó más horas, y, á veces, hasta bien entrada la noche. Si les ocurría alguna duda, venían á consultar á los misioneros; y entónces, ni que estuviéramos acostados ó en pié, dur-

1. *Joan.*, viii, 47.

2. *Annales de la Propag.*, &c., n. 104, p. 14, an. 1846.

miendo ó trabajando, no había más que darles audiencia y responder á sus preguntas (1).”

Continuando el Verbo encarnado sus divinas enseñanzas, decía á sus apóstoles y sacerdotes: “Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia.—El que á vosotros recibe, á mí recibe; y el que á mí recibe, recibe á aquel que me envió (2).” Esta palabra sobrevive á todos los siglos. El sacerdote ha sido, es y será siempre objeto de veneración y ternura filial para los verdaderos cristianos. Acerca de lo cual, dos hechos, entre mil, representan toda la tradición.

Vivia en Nápoles en el siglo diez y seis la venerable Ursula Benincasa, fundadora de los teatinos é inspirada institutora del Escapulario de la Inmaculada Concepción. Desde su más tierna edad esta niña de bendición tenía tal respeto á los sacerdotes, que al verlos se ponía de rodillas, les abrazaba los piés, se hacía bendecir de ellos y besaba hasta las huellas de sus pasos. Su presencia le causaba tanta alegría, que frecuentemente se ponía á la ventana solo por verlos pasar. Tan pronto como los columbraba, se inclinaba profundamente y daba todas las señales de la más afectuosa veneración, como si se tratara de la persona misma de Jesucristo.

Más adelante, decía sencillamente á su confesor: “Cuando yo era pequeña, tenía impaciencia de que llegaran los días festivos, por dos razones: la primera, porque no trabajando, podía vacar más libremente á mis ejercicios de piedad; la segunda, porque podía estar en la ventana á mi gusto y ver pasar por la calle á los sacerdotes, á quienes miraba yo como ángeles del cielo en tanto que la vista de

1. *Annales de la Propag.*, &c., n. 100, p. 269.

2. *Luc.* x, 16; *Matth.*, x, 40.